

la mas negra ingratitud los lazos de la sangre: el hijo tñó su espada en la sangre del padre y del hermano, y se despreció sacrilegamente quanto hay mas sagrado en los cielos y en la tierra. ¡Ah, la historia no presenta hechos mas horribles, ni tiranias mas inauditas! Pero yo me distraigo de mi objeto; continuaré para que de nuestras desgracias inferas los demas trastornos y crueldades que han sido el efecto de esta terrible convulsion política en las mansiones de la paz.

En 13 de noviembre supimos la sublevacion de San Luis Potosí, concitada por unos legos de San Juan de Dios, y por mas de quatrocientos bandidos y reos de estado que sacaron de las cárceles, en donde esperaban el último suplicio por sus delitos: tales eran las gentes que hacian cabeza en aquellas gavillas de asesinos; los mas viciosos, los mas infames, los mas ignorantes y perdidos, ¿que resultados se debian esperar?

Viéndonos pues cercados por dentro y por fuera de un gran número de enemigos que no podia mos resistir, salimos del Real en el mejor orden á reunirnos con los patriotas del Venado, valle de Matehuala, Cedral y demas pueblos vecinos, para ponernos en estado de defensa, como lo habiamos concertado, formando una partida de guerrilla que impusiera temor al enemigo. Pero tu vimos el disgusto de ver que los europeos de los citados lugares por donde trancitamos, sobrecojidos de un pánico terror, se habian retirado á la villa del Saltillo, en donde las tropas al mando del señor coronel Cordero ofrecian alguna seguridad. No teniendola ya nosotros por ningun otro punto, nos dirigimos tambien allí.

Yo me habia unido á mi amigo Pico, á su tío Don Jacobo Maria Santos y al generoso D. Manuel Abreu, resuelto á correr la suerte de ellos. Se juntó en el Saltillo un considerable número de europeos; pero por mas esfuerzos que hicieron algunos honrados patriotas para formar una partida, que auxiliada por alguna tropa del señor Cordero, podria reconquistar toda la provincia de Potosí, y llegar sin oposicion á reunirse con el exercito de operaciones, fue imposible acordar las ideas de todos: cada uno queria que la partida fuese primero por el lugar en que habia tenido su residencia ó intereses: otros trataron

de salvar sus personas y caudales embarcándose en la costa. Por otra parte, el gefe que debia fomentar los buenos deseos de los que queriamos ser útiles al rey y al estado, obligando á todos á la reunion y al orden, miró ésto con indiferencia: y he aquí que el egoismo y la indolencia dispersaron á casi todos.

Así pasamos en el Saltillo cerca de dos meses, en cuyo tiempo recibió orden el señor Cordero de salir con sus tropas á limpiar de ladrones toda la provincia de Potosí, restableciendo en ella el buen orden y las autoridades legítimas. Los pocos europeos que quedamos en el Saltillo, salimos con dos mil soldados, á las órdenes del señor Cordero.

El dia seis de enero de 1811 se presentó en el campo de Agua-nueva el cavacilla Ximenez con 11.000 insurgentes, que ciertamente hubieran sido arrollados por nuestras tropas, á no estar ellas seducidas y corrompidas por el enemigo; de manera que sin obedecer las voces de su comandante se pasaron todas con armas, caballos y quanto tenían del rey, al partido de los insurgentes. El infeliz Cordero tuvo que correr muchas leguas con el objeto de salvar su persona; mas sus mismos dragones lo alcanzaron y entregaron vilmente al enemigo. Este entró sin oposicion hasta el nuevo Santander, dexando en su tránsito asolados con sus robos y barbarie, todos los pueblos que habian salido á recibirle con el palio.

Ximenez era el menos inhumano de todos los cabecillas: indultó á todos los europeos y nos mandó volver á nuestros pueblos, baxo las mayores seguridades. ¹ En tan críticas circunstancias determinamos Don Jacobo y otros nueve compañeros, retroceder para tierra afuera, con el objeto de reunirnos á toda costa á las tropas del rey, que caminaban entónces para Guadalajara. Nos pusimos pues, en camino, sin reflexionar las muchas leguas que teniamos que atravesar, y por pueblos y rancherías, cuyos habitantes se habian convertido en nuestros mortales enemigos: y es que nuestro destino nos arrastraba poderosamente á mayores infortunios.

El dia 13 de enero comenzaron nuestras des-

¹ En todas partes nos trataban con un odio mortal, y aquellos indultos eran para tenernos mas seguros.

gracias. A las dos de la tarde llegamos á un rancho distante dos leguas del Cedral. Nuestras bestias venian muy sedientas y fatigadas, y fué necesario despacharlas con los mozos á un aguage que habia cosa de media legua. Nosotros entretanto descansamos; pero viendo que pasaba mucho tiempo y que los mozos no volvian, empezamos á recelar que los habrian sorprendido con todo nuestro habio en el aguage. En efecto así habia sucedido, y en menos de un cuarto de hora nos vimos cercados por mas de seiscientos hombres, bien armados, de á caballo y de á pie. El primer impulso de algunos de nosotros fué preparar nuestras escopetas; pero viendo que eramos solos diez contra tantos, que estabamos todos á pie, y que si nos poniamos en defensa era inevitable nuestra muerte, determinamos ocurrir á los indultos, creyendo que respetarian la firma de su general Ximenez. Ellos se iban acercando á nosotros gritando terriblemente ¿quien vive? ¿quien vive? Se adelantó D. Jacobo y un religioso que nos acompañaba con los indultos en las manos, asegurándonos que nosotros veniamos de paz á presentarnos en San Luis, y que en prueba de ello viesen los resguardos que nos habia dado su general. Pero los bárbaros despreciando todo esto y sin cesar su griteria aseguraron al religioso, poniendole dos pistolas al pecho: á D. Jacobo lo lazaron por el cuello y lo arrastraron cruelmente, privandolo del uso de los sentidos á fuerza de palos y cuchilladas. Al mismo tiempo cargó sobre nosotros aquella gavilla de tigres encarnizados, y nos ataron fuertemente las mancs atras. Llovian sobre nosotros las balas, palos y machetazos, despues de amarrados é indefensos. . . . El infeliz Alexo, cayó á mis pies atravezado de un balazo, y quando clamaba por un confesor le respondieron *alla te confesaras en el infierno con Lucifer, herege, indigno*, y pisandole el vientre y la cabeza le hicieron espirar. . . .

Ya nos reunieron á todos, y entonces ví al respetable D. Jacobo, al amable Abreu, á Pico y á los mas de los compañeros llenos de heridas, bañados de sangre y sus vestidos hechos pedazos, de modo que presentaban un quadro sangriento capaz de enternecer á un bronce; pero nuestros verdugos se enfurecian cada vez mas.

Mientras unos fueron á robar nuestras cargas, sin dexarnos ropa, alhajas, armas, ni nada de quanto traíamos, otros inhumanos nos conducian á pie en triunfo para el Cedral. Nos llevaban fuertemente amarrados, cubiertos de sangre y polvo, y casi agonizando de dolor. No cesaban de darnos golpes y de decirnos las palabras mas obscenas y denigrativas. *Mueran, muieran estos perros gachupines hereges, y viva la América.* Así nos metieron al Cedral: se agolpó toda la plebe á vernos y llenarnos de maldiciones, y hasta las mugeres y muchachos pedian sin cesar nuestras cabezas. Creció la griteria y los insultos, y nuestros conductores tuvieron harto que hacer para librarnos y contener el furor de aquellos caribes.

Nos encerraron con separacion en unas bodegas indecentísimas. Yo supliqué que me permitieran estar preso con D. Jacobo y su sobrino, porque estaban muy heridos: nos dieron nuestros colchones, los desnudé y acosté.

¡Que noche Dios mio! La imaginacion no podia sostener las sangrientas escenas que se le representaban de golpe. Los horrosos acontecimientos de la tarde: los tristes ayes de los heridos: los dicterios de los infames que nos custodiaban, afilando sus machetes y amenazandonos con ellos; la muerte que nos anunciaban á cada instante. . . . Por otra parte el cadáver del pobre Alexo tendido en un ataúd, cercado de aquellos hipócritas que toda la noche nos horrorizaron con un deentonado canto lúgubre, con que querian honrar al Dios de la verdad y de la inocencia. . . . ¡Que situacion la nuestra tan digna de compasion!

El dia siguiente á fuerza de súplicas se nos permitió el consuelo de que estuviésemos todos juntos en una de las bodegas, y trageron unas mugeres para que curasen á los heridos. Por la tarde se agolpó una multitud de plebe á la puerta de nuestra prision, pidiendo con horrible griteria *cien pesos por cada uno de los gachupines, ó que se los entregasen para llevar las cabezas á su generalísimo.* Si nuestras centinelas no hubieran cumplido tan bien las órdenes que tenían, seguramente entran aquellos bárbaros y nos sacrifican; pero ellos pudieron hacerlos retirar.

Se nos quitó toda comunicacion, y solo se abria

nuestro frío calabozo para darnos de comer, ó quando se curaban los heridos, y entonces era á presencia de todos aquellos insolentes que nos cercaban calándonos las armas, é insultándonos cruelmente. De noche se doblaba la guardia y rodeaban nuestra prision mas de cincuenta, que gritaban sin cesar el *centinela alerta*, y así conseguían atormentarnos y no dexarnos pegar los ojos.

Así pasamos mas de un mes, en cuyo tiempo nos condujeron á Matehuala, en medio de una chusma de indios flecheros. Allí tuvimos tambien mil sustos y aficciones, porque en todas partes nos trataban con un ódio implacable. D. Jacobo y otro de los compañeros recibieron indultos de S. Luis Potosí, y órden de presentarse en aquella ciudad. Partió pues, y nos dexó en la mayor consternacion porque no esperabamos volverlo á ver. El iba interesadísimo en hacer todos los posibles esfuerzos para que nos pasaran á San Luis.¹

A los dos dias de haberse separado de nosotros D. Jacobo, recibíamos una esquela suya con la terrible noticia de que el infame Hidalgo venia á Matehuala, desesperado y furioso por la batalla que tan completamente habia perdido en puente de Calderon, en donde fué de los primeros que huyeron. Venia anticipando órdenes á los pueblos para que recogiesen á todos los europeos indultados y no indultados, y á su llegada los sacrificaba á su brutal ódio.

Esta noticia nos llenó de pavor, y mas quando dentro de tres dias debian llegar á Matehuala los aposentadores de su *Alteza Serenísima*, y entonces era inevitable que nos cortaran las cabezas con una sierra, como lo hicieron allí y en el Cedral con los infelices que cogieron á las manos. Vease si nuestra situacion era la mas amarga que pueda imaginarse. Don Jacobo y su com-

¹ Es de advertir que el intendente que habian puesto en esta ciudad los insurgentes (D. Miguel Flores) lejos de seguir el partido de Hidalgo, hizo mucho en favor de los inocentes perseguidos. Gastó bastante dinero en socorrer á las familias de los infelices, que habia sacado Iriarte para Aguascalientes y Guadalajara, en donde fueron sacrificados del modo mas cruel: en fin, merece la generosa estimacion este buen patriota. Con esta advertencia no se extrañará que nosotros hallásemos algun abrigo en San Luis, siendo uno de los pueblos que obedecian al perverso cura.

pañero extraviaron camino y fueron á sepultarse en un monte: hallaron allí mas humanidad en las fieras que nosotros entre los hombres!

El intendente de San Luis descando librarnos del riesgo que nos amenazaba, así que supo los estragos que el cura venia haciendo en su huida, comisionó con tiempo á un coronel insurgente, dándole su coche, treinta mulas de tiro y mas de quinientos pesos para que traxera á San Luis los europeos que hubiese en Catorce, Cedral y Matehuala, con el pretexto de tenerlos mas seguros en la ciudad. Si el coronel insurgente hubiera desempeñado su comision con la eficacia y puntualidad que tanto se le habia recomendado, hubiera logrado sus deseos el benéfico intendente; pero se frustraron desgraciadamente por la indolencia del tal comisionado.

Sin embargo, nos sacó de Matehuala un dia antes de que entrasen los aposentadores del cura. Caminamos dos dias escoltados por indios flecheros, y con muchísimo temor porque teniamos que pasar muy inmediatos á las gentes de Hidalgo.

El tercer dia nos creimos ya fuera de peligro y llenos de gusto y esperanza llegamos temprano á una legua de San Luis; pero he aquí que recibimos el aviso de que el sanguinario anglo-americano habia entrado aquella mañana con bastante gente en la ciudad; que habia quemado la horca; que habia entregado la ciudad al saqueo; que pedía con ansia la cabeza del intendente Flores (por fortuna ya él se habia puesto en salvo), y que al dia siguiente debian entrar con un numeroso ejército el mariscal Herrera², el brigadier Blanca³, y otros. Todos estos venian huyendo de Guadalajara y cometiendo los mas crueles excesos. ¡Quien se ha visto en mas aficcion que nosotros! ahl la sangre se heló en nuestras venas y el mayor desconsuelo se apoderó de nuestros espíritus! ¡Por donde huiriamos quando todos los puntos estaban por los enemigos, y nuestro riesgo era inminente!

Retrocedimos pues, por el mismo camino sin objeto determinado, y quando al dia siguiente llegamos á la hacienda de Piotillos, distante ca-

² El mismo que sublevó á San Luis: lego de S. Juan de Dios de una infame conducta.

³ Un libertino escandaloso, y de una figura que solo podrá compararse con un diablo.

torce leguas de la ciudad, fuimos sorprendidos por los mismos operarios y otros indios armados, que sin respetar á nuestro coronel insurgente nos amarraron, nos robaron lo poco que llevabamos y nos encerraron en la cárcel, en donde pasamos una noche cruelísima sobre la tierra. Solo Dios pudo darnos constancia y sufrimiento en medio de tantas amargas.

En la mañana siguiente fuimos conducidos á San Luis, y se nos destinó una prision en el convento de San Francisco, donde estuvimos tres dias sumergidos en la mayor aficcion, esperando qual seria nuestra suerte, hasta que la noche del tercero¹ entró una porcion de coreneles y oficiales en la prision: "En nombre de la nacion americana, nos dixeran, salgan ustedes prontamente para fuera." Obedecimos, y nos cercaron mas de sesenta lanceros que nos sacaron del convento. Yo pregunté á uno de ellos ¿si nos llevaban á la presencia de sus generales? me respondió que sí; que ibamos á dar unas declaraciones, y que nos volverian al convento. Aun teniamos alguna esperanza de ablandar los corazones de aquellas fieras; pero qual fue nuestra sorpresa quando á pocos pasos nos vimos á las puertas de la terrible cárcel pública de la ciudad! Nos hicieron entrar á empujones hasta el segundo golpe, y nos dexaron encerrados en un horroroso calabozo. Nos tiramos sobre las losas y nos abandonamos á las mas amargas y funestas reflexiones; ¡ay! los tristes suspiros que salian de nuestros pechos acongojados y oprimidos era lo único que interrumpia aquel pavoroso silencio! ¡Oh Dios clemente, deciamos, Dios piadoso . . . ¡hasta quando padecerán estas víctimas inocentes! No nos abandones, Señor: danos constancia y resignacion para sufrir mas por tu amor! Nos habiamos confesado en los dos dias anteriores, y este sacramento consolador habia derramado sobre nuestras almas su bálsamo celestial: todos nos resignamos en el seno de la augusta Providencia, adorando en silencio sus altísimos decretos.

La mañana siguiente entró el carcelero y nos manifestó mucha compasion. Nos dixo: que habiéndose presentado al señor mariscal Herrera

¹ 17 de febrero.

para que le diese para nuestra comida, le habia respondido que *el que tuviera comiese, y el que no que rabiase*. Añadió el carcelero que habia visto á un devoto que cuidaba y auxiliaba á todos los reos destinados al suplicio, y que él se habia encargado de nuestra comida².

Pocas horas despues nos volvió á estremecer el ruido de las llaves y las rejas: eran los lanceros que encerraron en nuestro calabozo otras tres víctimas . . . ¡Oh Dios! . . . el honrado Verdeja, Inguanzo, y Molleda; todos amigos míos, del comercio del Real de Catorce! Así que estuvimos solos soltamos los diques á nuestro llanto, y nos contamos nuestras desgracias.

El dia 19 de febrero no se abrió nuestra prision hasta las doce del dia, momento que jamas se borrará de mi memorial. Entró un jóven insolente que conducia dos ancianos respetables, uno de ochenta y cinco años de edad, y el otro de sesenta y ocho. Los dexó con nosotros despues de habernos dicho mil necedades, y de prevenirnos que estaba muy cereana la hora de nuestro suplicio: él se titulaba coronel, y estaba tan borracho que no se podia tener en pie. A la una entró un religioso de San Francisco hecho un mar de lágrimas, nos abrazó á todos, y nos dixo estas palabras: "hijos míos, den gracias á Dios: estaban sentenciados á morir esta tarde puestos á las bocas de los cañones: les perdonan las vidas porque hubo un poderoso empeño.—¿Quién, padre?—Todos los eclesiásticos de esta ciudad postrados ante los generales imploramos su misericordia en favor de ustedes: hemos sido rechazados con el mayor desprecio; pero inmediatamente fuimos á la Iglesia y les llevamos el Santísimo Sacramento . . . sí, hijos míos; Dios sacramentado fue á interceder por ustedes . . . ¡que escena tan asombrosa! . . . Están ustedes libres."

A este tiempo entraron los lanceros y echaron fuera al buen religioso, amenazándole con el deguello porque se mostraba tan apasionado y oficioso con los gachupines. Nosotros nos quedamos

² Nuestro amable y generoso compañero D. Manuel María de Abreu, que estaba gravemente enfermo en un hospital, era el que cuidaba de nuestro alimento por mano del devoto. Tambien ofreció por medio de una señora seis mil pesos por nuestra libertad, y no la pudo obtener.